

## El populismo según Ernesto Laclau

Joaquín Valdivielso<sup>1</sup>

**Resumen:** El fenómeno político de Podemos ha puesto de actualidad la categoría de *populismo*. Además, ha traído al centro de atención una de las figuras teóricas más influyentes en el discurso de Podemos: el recientemente fallecido Ernesto Laclau. En la medida en que Podemos intenta superar el discurso clásico de izquierdas de la mano de la obra de Laclau, proponemos analizar su concepto de populismo y preguntarnos hasta qué punto el enfoque del pensador argentino se ha emancipado finalmente de aquello que para los nuevos actores democráticos puede seguir siendo considerado un lastre de la vieja izquierda.

**Palabras clave:** populismo – hegemonía – antagonismo – Laclau – Podemos.

**Abstract:** The emergence of the political phenomenon of Podemos has revived the concept of populism. At the same time, it has brought to the center of attention one of the most influential theoretical figures in Podemos' discourse: the recently deceased Ernesto Laclau. Whereas Podemos tries to overcome the classical discourse of the Left through Laclau's work, we propose to analyze the concept of populism as it is approached by the Argentine thinker. Finally, we ask to what extent Laclau's populism has emancipated from what the new democratic actors consider the dead weight of the old Left.

**Keywords:** populism – hegemony – antagonism – Laclau – Podemos.

### EL PUEBLO, NUEVO SUJETO

Con la irrupción del discurso populista de la mano de Podemos se ha explicitado un debate profundo sobre la forma que debe adoptar el lenguaje político de los movimientos políticos democráticos.

En gran medida, este ya era un debate más que agitado a raíz de la impugnación que, encabezada por el fenómeno del 15M, había tenido lugar del lenguaje – digamos– “clásico” de izquierdas, bien en su expresión moderada socialdemócrata o social-liberal, bien en la más anticapitalista, obrerista o socialista-marxista. En aquel momento de visibilización del descontento con el sistema de representación de las demandas democráticas y emancipatorias ya pudo comprobarse la renuncia a las narrativas heredadas de izquierdas, igualadas con las de derechas bajo el epígrafe de “ideologías”. La alternativa que emergió, sin soporte aparente en marcos teóricos o mediaciones filosófico-teóricas sofisticadas, fue, cuando menos en el momento de erupción del ciudadano indignado, una forma de republicanismo cívico democrático que podríamos llamar de “marca blanca”, con voluntad de inclusiv-

---

<sup>1</sup> Universitat de les Illes Balears.

dad cuasi universal, y obsesionado por evitar las exclusiones que las ideologías heredadas podían alentar.<sup>2</sup> El intento más exitoso en términos de divulgación a la hora de reformular el eje de dominación fue, en los años posteriores, el que ha opuesto el 1% al 99%, dándole más verosimilitud a la hipótesis de que subyacía en el fondo la pretensión de una inclusión mayor, incluso a costa de cierta ambigüedad, de la que hacían posible los discursos heredados.

El discurso de Podemos rema en la misma dirección. La oposición entre casta y pueblo utilizada por sus líderes y el llamado “grupo promotor” sirve en términos prácticos al mismo objetivo, abrir un puente ancho que, por un lado, ponga en comunicación distintos tipos de colectivos y demandas unificados como un único actor democrático popular. Por otro, al mismo tiempo, reorganiza el ejercicio de la dominación en el actor “casta”, diluyendo los límites entre sujetos que, de acuerdo a los lenguajes políticos heredados, podrían quedar falsamente separados –por su posición como agente social (sindicato/patronal), como partido en el eje clásico (izquierda/derecha), etc. Este discurso está logrando no solo una creciente aceptación en el conjunto de la sociedad española, sino incluso el predominio en el seno de los “círculos” –las bases del aún naciente partido– y no menos la atención general de la clase política, que se ha sentido en gran medida llamada a responder cuestionando su pertinencia. El término blanco utilizado para descalificar este discurso, en coherencia con su léxico, ha sido el de *populismo*.

Ahora bien, a diferencia del horizonte narrativo de los movimientos democráticos de indignados, en esta ocasión, el grupo impulsor de Podemos sí recurre a gran teoría. En particular, su concepción de populismo está abiertamente inspirada no solo en la experiencia por parte de portavoces de Podemos como Pablo Iglesias o Juan Carlos Monedero como consultores y analistas de gobiernos latinoamericanos considerados populistas, sino en su lectura de la obra de Ernesto Laclau. Por supuesto, otros autores como Marx, Gramsci o la propia Chantal Mouffe, cómplice intelectual de Laclau, resuenan también como trasfondo teórico, pero la formulación del concepto de populismo laclauiano, con una interpretación particular de la idea de hegemonía de Gramsci, son fácilmente discernibles de otras influencias. En realidad, la influencia de la llamada “izquierda lacaniana”, particularmente de Slavoj Žižek y de Alain Badiou, es más que notable entre los impulsores de Podemos.<sup>3</sup>

De hecho, en pleno proceso constituyente de un partido con una estructura mínima y sin apenas implantación territorial, el significado de “populismo” se convierte en uno de los puntos calientes de la autorreflexión en marcha. Por ejemplo, Santiago Alba, invitando a huir del elitismo en el seno del partido, llama a «establecer procedimientos democráticos *anti-elitistas*; y me parece que esto es lo que significa “*populismo*” en el sentido positivo, y no peyorativo, del término» (Alba, 2014).

---

<sup>2</sup> Los ejes de dominación asumidos en ellas excluían en exceso, desde su punto de vista, por la estrategia de la estigmatización de ciertos colectivos, a partir de dicotomías articuladas alrededor del campo de la clase, el género, la nacionalidad, etc. Cf. Valdivielso (2012).

<sup>3</sup> Sería el caso de Iñigo Errejón, otro de los articuladores no solo políticos sino especialmente intelectuales de Podemos. En el clásico de Yannis Stavrakakis (2007), *The Lacanian Left*, la lista de teóricos del izquierdismo lacaniano abarca a Slavoj Žižek, Alain Badiou, Chantal Mouffe, Ernesto Laclau, e incluso Cornelius Castoriadis o Judith Butler.

Frente a la élite, o casta, se situaría, el pueblo. Un pueblo que cabe definir y que, de forma tentativa identifica con

«esa cantidad vaga que llamamos “gente”, que está en los círculos, en la red, en los barrios y en los bares, en todas y en ninguna parte, y que no es otra cosa –por eso mismo– que no-yo. La gente es lo otro de mí. Todo el poder, pues, para los otros, y para mí solo en la medida en que soy, además de yo mismo, otro cualquiera». (Alba, 2014)

El intento de aglutinar el sujeto político a partir de una idea de pueblo indiferenciado, definido al margen de formas de dominación, ha suscitado enseguida el recelo desde posiciones anticapitalistas. El enfoque fundamentalmente semiótico que inspira a Laclau y a Podemos propicia que la perspectiva de la lucha de clases se pierda, y con ella prácticas y discursos más radicales, en favor de un sujeto populista

«nebuloso, abierto, no definido por su función en la estructura social ni por el lugar que ocupa en el modo de producción, sino solo por la nominación laxa del enemigo en la propia narrativa y la agregación en torno a reivindicaciones ya muy extendidas en la población». (Cruz, Medem & Marañón, 2014)

Sin embargo, no está tan claro que el problema del sujeto en el populismo sea precisamente este. De hecho, como intentaremos demostrar, el enfoque de Laclau podría incluso pecar de lo contrario, de sobredeterminar el sujeto desde una concepción estructuralista, y, en el fondo, marxista, al menos en el sentido de preeminencia de lo social sobre lo político, aunque no menos lacaniana. Sin embargo, la pretensión de Laclau es exactamente la contraria.<sup>4</sup>

#### LA LÓGICA POPULISTA

En su esfuerzo por dar claridad al, en su opinión, sistemáticamente vago concepto de populismo, así como por rescatarlo de la acepción peyorativa con que suele ser utilizado, Laclau establece la fuerza y validez del término justamente en su supuesta carencia. Su vaguedad sirve de criterio unificador ante la siempre múltiple fenomenología de los movimientos populistas. La imprecisión permite precisamente la simplificación del espacio político que opera el discurso populista. Así, el populismo no se agota ni mucho menos en la ideología política del *antielitismo*, estrategia dominante para caracterizarlo en los estudios al respecto, o en la psicología de la

---

<sup>4</sup> Sus estudios pioneros se remontan a Ernesto Laclau (1980), aunque vamos a seguir sobre todo *La razón populista* (2013). El concepto de populismo en la versión de Laclau ha tenido una influencia enorme en Argentina, particularmente en el seno del kirchnerismo, hasta el punto de ser considerado el filósofo del peronismo durante las últimas décadas.

acción colectiva propia de la masa o las multitudes. En realidad el populismo no es un tipo de movimiento o ideología, sino una *lógica política*, con una racionalidad propia: la condensación social.

No obstante, hay que destacar que Laclau pasa de referirse con cierta facilidad al carácter singular de la lógica o la racionalidad política populista, al populismo como condición de posibilidad de la acción política. En realidad propone que es el propio concepto de lo político lo que es creado por el populismo: «el populismo es la vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal», «una de las formas de constituir la propia unidad de grupo» (Laclau, 2013, pp. 91 y 97).<sup>5</sup>

Para proceder a establecer ese salto desde una lógica política específica a una lógica constitutiva de lo político Laclau se mueve en el terreno del giro lingüístico, de forma que la lingüística y la filosofía del lenguaje le dan el marco conceptual para elaborar la filosofía política. El juego social es expresado arquetípicamente como una forma de interconexión simbólica a través del lenguaje, entendido como un sistema de diferencias. Es ahí donde el populismo adquiere el estatus de un discurso específico, en base a su carácter especialmente vago en el seno de los juegos lingüísticos.

Esos juegos no son para Laclau predominantemente denotativos. Laclau sigue el estructuralismo lingüístico de Saussure para considerar que es la función connotativa del lenguaje –y no la denotativa– la que establece las asociaciones que, a fin de cuentas, definen el lenguaje como un sistema, un sistema de diferencias, no de determinaciones, ya que «en nuestra perspectiva no hay un más allá del juego de las diferencias» (Laclau, 2013, p. 93). Las relaciones en el seno del discurso tienen un rol constitutivo de toda objetividad: todo elemento significativo está dado por cierta asociación de diferencias.

Las identidades diferenciales no giran, *a priori*, alrededor de ningún centro – Laclau quiere huir del estructuralismo clásico, en la línea de Lévi-Strauss– pero tampoco flotan en un vacío indistinto. Debe haber una totalidad que enmarque las diferencias y evite su dispersión. Y esa totalidad, a su vez, tampoco puede definirse por oposición a un exterior ya dado, puesto que el discurso totaliza la realidad. Por lo tanto, según Laclau, es aquello que la totalidad discursiva expulsa de sí lo que la constituye, por oposición a un otro frente al cual las diferencias se hacen equivalentes. Esta totalidad, inaprensible desde dentro, escindida frente a una negación que postula como su otro, precariamente cosida en una cadena de diferencias, será necesariamente fallida. En este desdoblamiento que constituye toda identidad, y que Laclau considera «tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia», resuena sin duda la dialéctica schmittiana amigo/enemigo, retrotraída en términos freudianos a la posibilidad de la identificación mutua a partir de la hostilidad hacia un objeto, y a la que se remite Laclau.

---

<sup>5</sup> Esta ha sido la línea de investigación en que se ha centrado Chantal Mouffe (2005, 2013), cuya obra puede entenderse sin riesgo como un desarrollo paralelo y complementario al de Laclau.

La forma que adopta ese aglutinante discursivo es la de una diferencia que, sin dejar de ser particular, asume la representación de la totalidad, una totalidad esquiva e inconmensurable, sin carácter fundante en ningún caso:

«Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos hegemonía. Y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es [...] un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable». (Laclau, 2013, p. 95)<sup>6</sup>

Laclau considera que el proceso asociativo funciona no solo a nivel gramatical, sino, inconscientemente, también a nivel semántico, hasta el punto de que el significado no es más que una serie de imágenes asociadas connotativamente al significante: la relación inestable entre palabras e imágenes es requisito de cualquier discurso político. Es en este punto donde su ascendente lacaniano se hace más explícito.

No hay, en la razón populista, una lógica cognitiva basada en argumentaciones lógicas, hasta el contenido más racional va de la mano de poderosas pasiones. Es más, toda identificación es producto de una “investidura” afectiva, de una forma de transferencia libidinal de raíz narcisista hacia el objeto de amor. Siguiendo a Freud, Laclau defiende que «el objeto sirve para sustituir un ideal del yo propio no alcanzado» (Laclau, 2013, p. 78). El objeto puede ser positivo, el líder y aquellos rasgos que comparte con sus liderados, o bien negativo, cuando la ligazón afectiva se alimenta del «odio a determinada persona o institución».

Laclau tiende a poner el foco más en la segunda posibilidad: la identidad política es producto de un ciclo iterativo de experiencias antagónicas que aglutinan lo disperso frente a un enemigo común. Aun así, necesita, en todo caso, de un momento discursivo. Discurso es entendido como una totalidad estructurada de elementos lingüísticos y no lingüísticos, hasta el punto de que un movimiento y su ideología son indistinguibles. Ahora bien, el mundo ideológico tiene en la retórica su anatomía. Son las operaciones retóricas las que constituyen las identidades populares y «*de hecho constituyeron sujetos políticos*». Es un momento retórico —la sustitución de un término literal por uno figurativo— el que realiza una *investidura radical* bajo la forma de la figura de la catacresis: «la construcción política del pueblo es [...] esencialmente catacrética» (Laclau, 2013, p. 96).<sup>7</sup>

En coherencia, así, la catacresis, la retórica, es el momento discursivo de constitución de “el pueblo”. Sin embargo, «el “pueblo” no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales». El argumento de

---

<sup>6</sup> La formulación original, y extensamente desarrollada en discusión con la tradición marxista, se encuentra en el clásico de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2006).

<sup>7</sup> Laclau pone como ejemplo de uso de la catacresis la expresión “pata de una silla”. La RAE la define como un «Tropo que consiste en dar a una palabra sentido traslaticio para designar algo que carece de nombre especial; p. ej., *la hoja de la espada; una hoja de papel*». Así, el “pueblo” designaría una totalidad que carece de nombre, pero que al mismo tiempo carece de un referente conceptual. Cf. Laclau (2000).

Laclau se desarrolla en este punto al paso de una secuencia que es a la vez lógica y cronológica:

1. Inicialmente, aparece una “demanda social” a un nivel inferior al del grupo. Se trata de una demanda singular, aislada, “democrática”.
2. A continuación, se da una acumulación de demandas heterogéneas que el sistema no puede tratar de forma diferencial.
3. Las demandas, inicialmente peticiones, se transforman en reclamos frente a un límite externo, de forma que la sociedad queda dividida en dos campos, un espacio fracturado en el orden simbólico.
4. La frontera política se torna indeterminada, y se abre un abanico de totalizaciones equivalenciales.
5. El límite externo se totaliza como una identidad otra: las instituciones, el *establishment*, el *statu quo*.
6. Las demandas se articulan en una cadena de equivalencia, transformándose en “populares”, a partir de una demanda particular que representa el universo de demandas.
7. El pueblo queda constituido como un sistema estable de significación. La identidad discursiva representa el lazo equivalencial en sí y ya no las demandas democráticas como equivalentes. Es un significante vacío, sin contenido de demandas.

Esta articulación equivalencial de demandas tiene una base motivacional y psicológica en las pasiones. Laclau quiere rescatar el concepto de populismo de la carga negativa que lo ha lastrado, pero no por la vía de mostrar que no es, contra la tradición, una patología o la expresión desatada de pulsiones instintivas, sino por la vía de trascender la polaridad racionalidad/irracionalidad, normalidad/patología, individuo/masa, organización/multitud, etc. Las características tipo de la psicología de masas –identificación con el líder, sugestibilidad, emotividad, imitación, exaltación...– son, en el fondo, procesos estructurantes de todo tipo de vida asociativa. Toda forma de asociación no expresa más que un grado mayor o menor de la forma de comportamiento que despectivamente se ha atribuido a las masas o multitudes. Incluso los públicos, presuntas encarnaciones de una racionalidad cognitiva, alcanzan su identidad sobre la base de una identificación con alguna imagen cargada emocionalmente.

En el proceso de homogeneización, la lógica de la equivalencia que constituye lo político supone una claudicación de las particularidades componentes, cuyas diferencias equivalentes pasan a primar en la totalización hegemónica sobre las demás. Es decir, a asociarse a un significante que pasa de ser identificador de una particularidad a serlo de un universal: «una *plebs* que reclama ser el único *populus* legítimo», «una parte que se identifica con el todo».

Por eso el populismo «constituye una dimensión constante de la acción política», una dimensión de la cultura política que puede estar presente en movimientos de signo político muy diferente. Lo social no es más que el locus de la tensión entre diferencia y equivalencia. Laclau, en su requiebro frente al estructuralismo y

el funcionalismo clásicos, insiste en que «ningún contenido particular tiene inscrito, en su especificidad óptica, su significado en el seno de una formación discursiva». El ejemplo apropiado al respecto no se hace esperar para Laclau, uno de los padres del postmarxismo: un significante como “trabajadores” no tiene a priori un estatus privilegiado, sino que dependerá del contexto. No tiene *ex ante* ninguna prioridad óptica sobre otros como “nación” o “pueblo” para convertirse en hegemónico. Las líneas divisorias pueden trazarse entre las clases sociales o no, ya que hay múltiples posibilidades de entablar la equivalencia, pero ninguna unidad conceptual precede al significante, «la unidad del objeto es un efecto retroactivo del hecho de nombrarlo» –señala Laclau inspirado por Žižek–.

Ahora bien, ¿por qué se produce la fractura del campo social? ¿Por qué la falta de soluciones por parte de las instituciones –digamos, en términos actuales, el sistema– escinde las formas de representación? ¿Por qué se da una investidura radical en lugar de nada?

#### AUSENCIA Y DETERMINACIÓN

Por un lado, Laclau señala que en el origen de la fractura «se da la experiencia de una falta», una plenitud ausente, la de la comunidad:

«La construcción del “pueblo” va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. Sin esta ruptura inicial de algo en el orden social –por más pequeña que esa ruptura haya sido inicialmente–, no hay posibilidad de antagonismo, de frontera o, en última instancia, de “pueblo”». (Laclau, 2013, p. 113)

La plenitud del ser comunitario está presente en tanto que ausencia, de forma que las demandas parciales aspiran necesariamente a inscribirse en un horizonte pleno, en una totalidad negada.

Por otro lado, Laclau recurre a la fuerza del afecto. Las asociaciones están dominadas por el inconsciente. Genealógicamente, toda pulsión apunta a un pasado de plenitud primordial, que Laclau explícitamente refiere a la díada primordial madre/hijo del psicoanálisis. La asociación es directa entre la expectativa del regreso al útero materno y «la idea de una plenitud que las demandas insatisfechas reproducen constantemente como presencia de una ausencia», «la totalidad mítica»: «las categorías psicoanalíticas no son regionales, sino que pertenecen al campo de lo que podría denominarse una ontología general» (Laclau, 2013, p. 147).<sup>8</sup>

Al final, la investidura radical consiste en «hacer de un objeto la encarnación de la plenitud mítica». Y, consistentemente, la hegemonía consiste, ni más ni menos, en alcanzar la plenitud social, el goce, siempre tentativo, siempre frustrado, de la plenitud mítica invistiendo a un objeto parcial con la dignidad de la Cosa, el *Plenum* original. En eso consiste constituir un pueblo.

---

<sup>8</sup> Laclau sigue a Joan Copjec en este punto.

Llegados a este punto, cabe preguntarse si la expectativa antiteleológica que habíamos depositado en la forma en que Laclau trata el populismo se ha visto satisfecha. La complejidad y sofisticación de sus trabajos obligarían a un tratamiento mucho más exhaustivo, pero, no obstante, pueden lanzarse algunas preguntas siquiera de forma sucinta. Sospecho que hay al menos dos formas de sobredeterminación teleológica en su formación, ubicadas en los pasos inicial y final de su secuenciación de populismo.

Por un lado, el comienzo cronológico de la constitución de pueblo a partir de demandas aisladas es problemático. Laclau señala que lo único que comparten las demandas es el hecho de permanecer insatisfechas, y no ningún contenido positivo. Y a la vez afirma que la investidura radical procede por pasos atributivo-performativos, y no conexiones lógico-conceptuales. Es el acto performativo el que crea la cadena, condensa los antagonismos. Sin embargo, los ejemplos a los que recurre de demanda social se refieren a demandas por la satisfacción de necesidades materiales en el sentido convencional: conflictos por la vivienda en un barrio chabolista, motines por el trigo en París en el siglo XVIII, movimientos de defensa del Estado de Bienestar, la ofensiva neoliberal thatcheriana, la Revolución Francesa, un campaña antirracista por parte de un sindicato... Esta sospecha se ve alentada también cuando se refiere a la «cadena infraestructural de demandas que hizo posible [el] surgimiento» del lazo equivalencial (Laclau, 2013, p. 122), redundando en ese lenguaje materialista. En realidad, debe recurrir a alguna forma de determinación prediscursiva de la demanda democrática, aislada, puesto que, al reducir el momento de la nominación a la condensación de las equivalencias —el movimiento popular cataliza el democrático—, no se contempla la posibilidad inversa, según la cual la enunciación del universal dé el discurso a las demandas particulares, es decir, permita su constitución. Las demandas particulares, por el contrario, se constituyen discursivamente con independencia del discurso hegemónico, que solo después las aglutinará.

Por otro lado, el final de la secuencia cronológica coincide con su inicio lógico: la realización, fallida, del sujeto escindido: el pueblo como proyección de la plenitud originaria perdida. Cuesta no pensar que estamos ante un caso típico de alienación del sujeto, por el que la reconciliación final culmina un proceso en que el yo presupone su otro para poder encontrarse con él. Dicho en otros términos, las demandas aisladas, ya desde el principio, son inspiradas por el presupuesto de una plenitud fallida, de forma que toda razón política, en sus fases democrática y popular por igual, presuponen la determinación del objeto —el reencuentro idílico con la madre, transferido a la constitución de pueblo—. Es más, si «el destino del populismo está ligado estrechamente al destino de la frontera política; si esta última desaparece, el “pueblo” como actor histórico se desintegra» (Laclau, 2013, p. 117), en realidad es el espacio de lo político en su conjunto el que está sobredeterminado por la expectativa de la comunión imposible.

Estas dos formas de sobredeterminación tienen sin duda su reflejo en la imposibilidad de establecer criterios metodológicos y normativos que permitan diferenciar la razón populista de otras formas de razón política, si las hubiera; ni, de no ser así, si hay formas de razón populista más o menos válidas. No hay que olvi-

dar que el populismo, y Laclau así lo reconoce, recorre desde los motines por el trigo hasta los movimientos fascistas. En realidad, la forma en que el término “democrático” es utilizado por Laclau –como sinónimo de “aislado”–, no permite diferenciar entre demandas particulares más que en razón de la condición social del demandante –si es *plebs*, es democrática–.<sup>9</sup> La democracia queda, así, identificada con un estrato social, con independencia de su contenido práctico y normativo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alba, S. (2014). El lío de Podemos y los tres elitismos. *Cuarto Poder*, 04/10/2014. Disponible en: <<http://www.cuartopoder.es/tribuna/el-lio-de-podemos-y-los-tres-elitismos/6325>> (último acceso: 28 de junio de 2015).
- Cruz, R.; Medem, J. & Marañón, C. (2014). Podemos y el anticapitalismo actual. *Viento Sur*, 14/08/2014. Disponible en: <<http://vientosur.info/spip.php?article9299>> (último acceso: 28 de junio de 2015).
- Laclau, E. (2013). *La razón populista*, Buenos Aires: FCE.
- (2000). Identity and Hegemony: The Role of Universality in the Constitution of Politics Logics. In J. Butler, E. Laclau & S. Žižek, *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left*. London/New York: Verso, pp. 44-89.
- (1980). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, E. & Mouffe, Ch. (2006). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires: FCE.
- Mouffe, Ch. (2013). *Agonistics. Thinking the world politically*, Londres: Verso.
- (2005). *The return of the political*, Londres: Verso.
- Stavrakakis, Y. (2007). *The Lacanian Left: Psychoanalysis, Theory, Politics*, Albany: State University of New York Press.
- Valdivielso, J. (2012). Sobre si es posible una filosofía política del 15M. Una tesis y algunas hipótesis provisionales. *Astrolabio: Revista Internacional de Filosofía*, 13, pp. 471-480.

---

<sup>9</sup> Laclau también usa “democrático” cuando se refiere a la forma populista de liderazgo. A diferencia del despótico, no es reductible en exclusiva al narcisismo del líder, ya que, al participar de la sustancia de la comunidad –y encarnar no solo la figura del padre, sino la de un hermano más junto a los suyos– es «mucho más democrático» (Laclau, 2013, p. 84). De esta forma, su carácter democrático es función del «grado de distancia entre el yo y el yo ideal»: a mayor cercanía del líder respecto de la masa, mayor identificación y más democrática será. Tampoco en este caso el término permite hacer distinciones normativas.